

VENTANA:

EL EJÉRCITO PERUANO

CON ánimo comparativo, más le interesa a México examinar la situación actual de los países latinoamericanos, a él tan próximos... ¡y tan lejanos! Sin embargo, casi todos ellos, para su desgracia y la nuestra, siguen por caminos trillados, de los cuales no aciertan a desprenderse para tomar otros más promisorios. Digamos Chile: cayó en la inflación por lo menos hace cuarenta años, y sigue en ella; todavía no ha logrado crear un consenso general sobre las reformas de fondo que deben operarse en su sociedad y en su economía; el fraccionamiento de las fuerzas políticas en numerosas facciones produce gobiernos débiles, cuya pobre fuerza se consume, no en la acción realizadora, sino en una estéril esgrima partidista. De Argentina, baste recordar que su primer paso hacia el militarismo moderno tiene ya 36 años, y que salvo los gobiernos fugaces de Frondizi e Illía, aún está allí. Y no se hable de Brasil, que comenzó a perder el rumbo cuando Vargas asciende al poder en 1930.

PERÚ es el único de nuestros países que pasa por una experiencia que debiéramos seguir muy de cerca, tanto porque en ella un hermano se juega la vida, como porque nos entregará moralejas de una

resonancia general. Para entender esa experiencia, empero, imposible acudir a los politólogos peruanos, cuya sola pedantería hace ininteligibles sus reflexiones. Se cuenta, en cambio, con François Bourricaud, que ha sabido conservar la lucidez francesa a pesar de haber sido educado en Estados Unidos, y poseer, por lo tanto, los conceptos y la terminología de la sociología y la politología ultramodernas. Por lo demás, Raúl Prebisch me comunicó hace ya siete años su presentimiento de que en Perú se fraguaba un tipo nuevo de militar, y muy magistralmente me conminó a estudiar un fenómeno que podía acarrear consecuencias de magnitud.

SEGÚN Bourricaud, el actual soldado peruano no corresponde en manera alguna al "militarote" que han denunciado toda la vida los izquierdistas. Existe, antes bien, un nuevo tipo de militar, al que se ha llegado mediante una preparación técnica y un gobierno interno autónomo.

Han proporcionado la tecnificación tres instituciones cuyo funcionamiento callado y regular no tiene paralelo en otro organismo nacional. Desde luego la Academia Militar, que desde hace 74 años imparte una educación universitaria de cuatro años a unos mil cadetes. Viene después la Escuela Superior de Guerra, que desde 1905 da una educación postgraduada de dos años a grupos de oficiales sobresalientes. En fin, está el CAEM, o Centro de Altos Estudios Militares, creados en 1950, que ofrece a coroneles y generales bien escogidos cursos monográficos sobre problemas económicos, políticos y sociales del país.

Ya en el poder, surgió un nuevo órgano, el llamado COAP, o Comité de Oficiales Asesores del Presidente. Por razones obvias, se sabe poco de él: cómo está compuesto, su forma de desempeñarse,

cuáles son o pueden ser los límites de su poder o de su influencia. Su nombre mismo parece indicar, sin embargo, primero, que lo forman elementos muy jóvenes, puesto que son simples oficiales; segundo, que su papel no es la acción, sino la información y el consejo. Aun así, en general se admite que las decisiones más radicales de los jefes se han inspirado en la "asesoría" de esos jóvenes. Pero quedan algunos misterios que el propio Bourricaud no ha intentado despejar. ¿Partió la iniciativa de crear el Comité de los jefes, para ganarse la simpatía y el apoyo de la oficialidad? Por el contrario, ¿fue una exigencia de ésta el origen de su creación? Por último: se supone que los elementos más preparados en las cuestiones económicas, sociales y políticas del país, no son los oficiales, sino los coroneles y generales que han salido del Centro de Altos Estudios Militares.

-----LA Academia y la Escuela Superior se dedican a la preparación puramente militar de los mandos; no tienen de notable, pues, sino la regularidad y la persistencia de su funcionamiento. En cambio, el CAEM, aun cuando no del todo original, ya que en Brasil existe algo semejante, tiene rasgos distintivos notables. Desde luego la premisa de que la bendad de un ejército moderno no descansa tan sólo en el sabio manejo de un armamento moderno, sino en una inteligencia de la sociedad en que opera. La consecuencia inmediata es que los oficiales y los jefes deben capacitarse para alternar con los científicos y técnicos civiles; y la segunda, que el CAEM acudió a éstos para preparar su propio personal. Y como en la mayor parte de los casos esos civiles procedían de grupos progresistas y aun de izquierda, el ejército peruano --concluye Bourricaud-- entró con paso firme en el reino de las ideas generales

del desarrollo, del bienestar, de la integración, etc.

LA otra fuente de donde procede la novedad de ese ejército es su "institucionalización". Los ascensos se conceden por rigurosísimo escalafón y por prendas personales estrechamente apreciadas. Entonces, los oficiales no necesitan para prosperar agruparse en torno de un caudillo o figura sobresaliente. Es más, no lo pueden hacer, pues se les cambia de guarnición a intervalos regulares y breves para impedir que formen grupos y pandillas. La autoridad civil ha contribuido a ese gobierno interno y autónomo con dos actitudes sorprendentes. El parlamento jamás ha usado su prerrogativa constitucional de examinar los ascensos de coroneles y generales. Además, los presidentes han nombrado ministros de Guerra a los candidatos presentados por el ejército, pensando que esas candidaturas tienen la más segura y plena representatividad de la corporación.

TODOS estos preparativos han correspondido hasta 1968 a una curiosa realidad, al parecer inventada en buena medida por el ejército. Es la interpretación que da el artículo 214 de la Constitución, según la cual a él le corresponde el papel de árbitro en los conflictos de grupos o de intereses que puedan dañar a la nación. Pero nadie sospechaba que el verdadero fin de esos preparativos llegase a lo que ocurrió con el derrocamiento del presidente Belaúnde, es decir, a sustituir enteramente al gobierno civil, a gobernar el ejército, él sólo y directamente.

Como es natural, todos los peruanos, pero también nosotros los latinoamericanos, nos preguntamos si el ejército peruano tendrá éxito en esta aventura a que se ha lanzado tan confiadamente.